

Tras las andanzas de Clío en Baja California

Aidé Grijalva

Universidad Autónoma de Baja California

Don Miguel León Portilla solía decir que un pueblo que no conoce su historia es como un viajero que deambula sin equipaje. Es por eso que es necesario aprovechar este encuentro para que los bajacalifornianos nos preguntemos por dónde anda Clío, de qué manera nos elude y qué hemos hecho para conquistarla. Como es de todos conocidos, las ciudades norteñas bajacalifornianas son hijas del siglo XX y a pesar de que no cargamos con un pasado colonial, es más lo que desconocemos que lo que sabemos de nuestra historia.

Aún tenemos enormes vacíos, como sigue siendo el siglo XIX norteño peninsular, en donde en cachitos hemos reconstruido retazos de ese siglo decimonónico, aunque el siglo XX también no es desconocido en muchos aspectos. En algunos casos hemos construido una imagen histórica basada en mitos, en un afán por responder a los requerimientos que las nuevas generaciones nos hacen para poseer una identidad que los defina y los identifique.

Uno de nuestros principales retos fue independizarnos de la historia sudcaliforniana. Durante un largo periodo, la historia bajacaliforniana fue la de la etapa misional jesuítica y aun nuestras calles, escuelas y monumentos rinden homenaje a Kino y a Salvatierra, los primeros ignacianos que pisaron el territorio peninsular, aunque lo hayan hecho muy allá, en la parte sur. Nuestra península con sus 1,200 km de punta a punta, es más larga que la itálica, pero sigue estando deshabitada en gran parte de su territorio debido a una cruel geografía que nos negó el agua.

Ambos temas fueron motivo de desvelos de los estudiosos que enriquecieron con sus ensayos el *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, desde sus primeros números publicados a mediados del siglo XIX, y a lo largo de sus 150 años de fructífera vida editorial, encontramos alrededor de 70 artículos relativos a la historia de la Antigua California y sobre las características geográficas de la península. (Por cierto, aprovecho para recomendar la compilación de los mismos y publicarlos en un libro). Sin embargo, este especial énfasis en la gesta jesuita hizo a un lado el rol de los dominicos como evangelizadores de nuestros grupos nativos y fundadores de nuestras misiones norteñas, permaneciendo prácticamente desconocido hasta hace poco, gracias a los oficios de Mario Alberto Magaña, quien ha dedicado años a desentrañar las huellas de ese grupo misionero en nuestra entidad.

Otro reto fue el de emanciparnos de la mirada extranjera, la cual dominó durante un largo rato el quehacer historiográfico. En España, la Colección Chimalistac editada por José Porrúa Turanzas, puso en circulación textos antiguos que no se habían editado en la etapa contemporánea, poniendo sobre la mesa los registros acerca de las primeras exploraciones y las demarcaciones de nuestras costas, realizadas en los siglos XV y XVII, cuando la incógnita era dilucidar si los territorios descubiertos a la diestra mano de las Indias eran insulares o peninsulares.

En Estados Unidos apareció también una importante colección sobre la historia de Baja California. Nos referimos a la Baja California Travel Series editada por la Dawson's Book Shop, Iniciada en 1965 por Glen Dawson, el editor de esta serie, se dio a la tarea de publicar la mayor parte de los diarios y crónicas jesuitas, traducéndolas al inglés. Esta colección consta de 49 volúmenes y el 50 con el índice general.

Simultáneo a este rescate historiográfico realizado en el extranjero, en México, en el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM hubo un auge de la investigación y de las publicaciones relativas a la historia de Baja California, gracias al empuje dado por Miguel León-Portilla, en ese entonces director de dicho lugar. Algunos de los diarios más importantes de los misioneros jesuitas que vivieron y fundaron las más antiguas misiones de la península, fueron reeditados junto con algunas crónicas de los viajes de exploración.

Pero, en toda esta recuperación del pasado bajacaliforniano era evidente el interés por los sucesos sudcalifornianos, por lo que los acontecimientos relativos a la parte norteña de la península aparecían de manera esporádica y siempre en función del acontecer sureño.

Una excepción lo constituyó la abundante bibliografía existente desde la segunda década del siglo XX alrededor de la participación de los entonces escasos pobladores del norte de Baja California en la incursión floresmagonista durante el periodo de la Revolución Mexicana. Ríos de tinta se han gastado acerca de este tema y hasta la fecha el asunto sigue siendo motivo de acaloradas discusiones.

Y de la misma manera que surgieron las poblaciones del norte peninsular bajacaliforniano aparecieron obras que hacían referencia a esta nueva realidad. Tal es el caso de *El otro México, biografía de una península*, combinación de investigación histórica y antropológica y de crónica de viajero, publicada a mediados del siglo pasado, en la que Fernando Jordán, su autor, después de recorrer de norte a sur las principales poblaciones, así como sus costas e islas, descubre a los mexicanos continentales la existencia de una extraña península escasamente poblada, que vivía a un ritmo propio y en grave peligro de repetir la experiencia de Texas.

Recién estrenado como estado, su primer gobernador Braulio Maldonado Sáñez, organizó un primer congreso de historia regional el cual tuvo grandes repercusiones en su momento. pero salvo por la contribución de algunos estudiosos locales, fue notorio el desconocimiento que había en ese momento de la historia del norte de Baja California

Otra obra de gran trascendencia, por tratarse de la primera vez que se escribía una visión articulada del pasado de la península, desde los orígenes hasta mediados del siglo XX, fue *Historia de Baja California*, escrita por Pablo Leocadio Martínez, un profesor de primaria con gran vocación para la investigación histórica, quien después de varias décadas de hurgar en repositorios como el Archivo General Nacional en la Ciudad de México y algunos importantes acervos históricos estadounidenses sacó a la luz el resultado de sus pesquisas. Una de las virtudes de este libro pionero es que en éste aparece todo lo que se sabía hasta el momento de su publicación sobre el pasado de la península

Caso parecido es el de Pablo Herrera Carrillo, un abogado de origen guanajuatense que llegó en la década de 1920 a La Paz, en el sur de la península, recién terminados sus estudios. Luego vivió en Mexicali y a partir de ese momento y hasta su muerte en 1957 este hombre de grandes inquietudes, con una formación humanista católico y conservador, hizo del estudio del pasado de Baja California motivo de sus obsesiones indagatorias. Su obra póstuma, *Colonización del Valle de Mexicali*, lo hizo célebre en los medios locales.

Sin embargo, un elemento fundamental que facilitó “la suma de olvidos” y contribuyó a ciertas deformaciones acerca de lo acontecido, fue la ausencia de fuentes documentales que permitieran a los estudiosos una elaboración fidedigna de nuestro pasado. El hecho de que, durante un largo periodo, casi todo lo que se informaba en los repositorios nacionales sobre el norte peninsular provenía de informes gubernamentales de las autoridades radicadas en la parte sur de la península, propició la distorsión y ausencia de información sobre el septentrión peninsular.

El Archivo de Indias en Sevilla, España es uno de los más importantes para aquellos

interesados en el periodo colonial novohispano y durante mucho tiempo visita obligada de los historiadores interesados en reconstruir la historia californiana de los siglos XVI a XIX. En la Universidad de California en Berkeley está la importante biblioteca Bancroft, con un acervo documental muy importante sobre la historia de las Californias, recopilados del Archivo de Indias en Sevilla por Hubert H. Bancroft en el siglo XIX y enriquecida posteriormente gracias a la acuciosa labor de quien fue su director durante muchos años, Herbert E. Bolton. A propósito, no hay que olvidar las importantes contribuciones de la denominada escuela de Berkeley a la historiografía bajacaliforniana, sobre todo las investigaciones hechas para cuantificar la población existente en la península antes y después de la llegada de los europeos. Destacan los trabajos de Sherburne F. Cook, Woodrow Borah y Robert F. Heizer.

Fue así como poco a poco, con dificultades, se fue construyendo una imagen tenue y algo desdibujada del pasado de nuestra entidad fronteriza. Informes y memorias de algunos gobernantes, investigaciones de tipo histórico, reportes de comisiones gubernamentales ayudaban, pero era más lo que se desconocía que lo que se sabía de una entidad cuyos principales centros de población surgieron y se desarrollaron durante el pasado siglo XX.

Pero la creación de una imagen histórica más acabada requirió de la concurrencia de un grupo de profesionales de la investigación histórica, ligados a la creación en el año de 1975 del Centro de Investigaciones Históricas UNAM-UABC, germen del ahora Instituto de Investigaciones Históricas. La organización de este centro modificó la producción, la orientación y el desarrollo de los estudios históricos y, a partir de este momento, la investigación y la difusión de la historia de Baja California comenzó a hacerse por algunos aprendices de clónautas, bajo la batuta de David Piñera Ramírez, su fundador y bajo la tutela de nuestro llorado Miguel León-Portilla.

En 1983 salió a la luz *Panorama histórico de Baja California*. Esta obra, de 700 páginas, convocó a los diferentes estudiosos y especialistas en diversos aspectos de la historia de Baja California. A pesar de que comienza por historiar al estado de Baja California a partir de la llegada del hombre europeo al sur de la península, ha sido la primera obra que permitió a los norbajacalifornianos identificarse como una sociedad con historia propia.

A *Panorama* le siguieron otras producciones similares, de tipo colectivo, que dan cuenta de los ires, venires y desasosiegos de las principales ciudades de la entidad. Tijuana, Ensenada y Mexicali junto con su valle, y Tecate fueron historiadas sucesivamente y la publicación de dichos libros sirvió también para establecer el estado del conocimiento sobre lo sucedido en dichos lugares desde sus orígenes hasta fechas recientes. Otro ambicioso reto editorial fue el de la *Visión Histórica de la Frontera Norte*, en varios volúmenes, un recorrido sobre el devenir histórico de nuestros estados fronterizos, que permitió hacer un balance de lo conocido sobre el pasado de las entidades norteñas mexicanas.

La publicación de estas investigaciones de tipo colectivo, editadas en gran formato, profusamente ilustradas la mayoría, dio origen a una manera de hacer la historia en Baja California, de tal forma que la historiografía de esta región vivió el *boom* de las coordinaciones y de las obras colectivas. Eventualmente se publicaron obras individuales de algunos investigadores, la mayoría tesis de licenciatura y de posgrado, que posteriormente han sido convertidas en libros.

Al mismo tiempo que se estaba realizando esta pujante labor editorial, conscientes de la repercusión que la escasez de fuentes documentales tenía en el desarrollo de la investigación histórica profesional, el entonces Centro de Investigaciones Históricas UNAM-UABC se dio a la tarea de recuperar algunas de esas fuentes. Se adquirieron rollos de microfílm procedentes de distintos acervos estadounidenses y regionales, se rescató el Archivo Judicial de Ensenada y el

particular de Abelardo L. Rodríguez, entre otros. Miguel León-Portilla donó todos sus libros relativos a los temas californianos, formándose la biblioteca *La California Mexicana, Ascensión y Miguel León-Portilla*. Se formó el Acervo Documental sobre Baja California, que contiene cerca de medio millón de documentos localizados en el Archivo General de la Nación y otros repositorios nacionales, así como algunos archivos particulares de la Ciudad de México, los cuales se encuentran digitalizados, contando con una base de datos que permite la consulta automatizada del material fotocopiado y digitalizado.

Al mismo tiempo, la profesionalización de los clionautas bajacalifornianos jugó un papel clave, en especial en la renovación generacional de los pioneros en la investigación histórica académica. La creación de la Escuela de Humanidades en la UABC, con la licenciatura en historia, fue el complemento necesario para formar futuros clionautas, muchos de ellos ahora con estudios de posgrado y responsables de dirigir hoy en día los caminos para conquistar Clío en nuestra entidad. La reciente creación del posgrado, para formar maestros y doctores en historia dentro del ahora Instituto de Investigaciones Históricas es un paso relevante en ese sentido.

Gracias a la sensibilidad del entonces secretario de Educación Pública, Ernesto Zedillo, se otorgó un importante apoyo a la UABC, para la realización del proyecto editorial “Baja California: Nuestra Historia” cuyo objetivo fue la publicación de una serie de textos considerados clásicos de la historiografía bajacaliforniana, para formar una biblioteca básica acerca de la historia de la región. Iniciada en 1993, publicó 22 títulos, en un intento de abarcar alrededor de 300 años del pasado de la Baja California norteña. La mitad de los libros incluidos en la mencionada colección tuvieron que ser traducidos del inglés y del francés.

En esas condiciones inauguramos el siglo XXI. Se habían establecido los cimientos para construir un sólido edificio y estaba en discusión el tipo de edificio que anhelábamos: uno abierto, de varios pisos, con ventanas amplias por donde circularan las ideas más actuales del quehacer histórico o uno cerrado, chaparro, que propiciara la investigación endogámica y los trabajos tradicionales.

Y en esas estábamos cuando el neoliberalismo se estableció en la investigación histórica académica. Surgieron los mal llamados “cuerpos académicos”, propiciador de la simulación, la complacencia y la complicidad. Yo publico y te pongo y tú publicas, y me pones, porque si no me sacan del SNI, del PRODEP y de las tortibecas, ahora llamadas Predepa, convertidas en auténticos complementos salariales.

Se pusieron de moda los artículos en revistas indexadas y extranjeras, en Scopus y otros índices parecidos y los historiadores profesionales le dieron la espalda al gran público, dejaron la plaza vacía y se concentraron en divulgar artículos en revistas extranjeras y nacionales, fuera del alcance del “pueblo”. Ahora se escribe para unos “pares académicos”, que dictaminen nuestros artículos en Sudamérica o en las Islas Filipinas. Las evaluaciones constantes a que están sometidos los historiadores académicos, los ha obligado a publicar obras colectivas, sobre temas generales, en donde el punto de unión puede ser el tema fronterizo, o el noroeste, con ensayos de toda índole. El propósito es publicar, publicar, tres, cuatro, cinco libros al año lo que ha derivado en el surgimiento del plagio académico, pues es imposible que la investigación seria, acuciosa, reflexiva esté produciendo a mil por hora. Lo paradójico es que las autoridades educativas federales apoyan el pago de traducciones para que nuestros trabajos se publiquen en inglés, circulen en redes, nos lean allende las fronteras y sean citados a nivel mundial.

En esa búsqueda incesante de los indicadores, la misma UABC ha caído en el torbellino y publica sin ton ni son, tesis de grado con títulos estrambóticos, porque se cree ingenuamente que una tesis de grado es automáticamente libro. Pero basta revisar el catálogo de publicaciones

cimarronas para percatarnos del tipo de libros que se editan.

¿Y la Historia acá? Pues quien sabe. Por ahí encontramos algunas obras individuales, tesis de grado de la mayoría, pero ahora todos deben ser parte de un cuerpo académico y aunque solo uno de ellos haya trabajado coordinando el libro, tienen que aparecer dos, tres autores más, para consolidar el famoso cuerpo académico.

¿Cuál es el resultado de toda esta parafernalia?

Que la reconstrucción del pasado bajacaliforniano se ha quedado en suspenso y Clío se nos anda escondiendo.